

COSMIN F. STIRCESCU

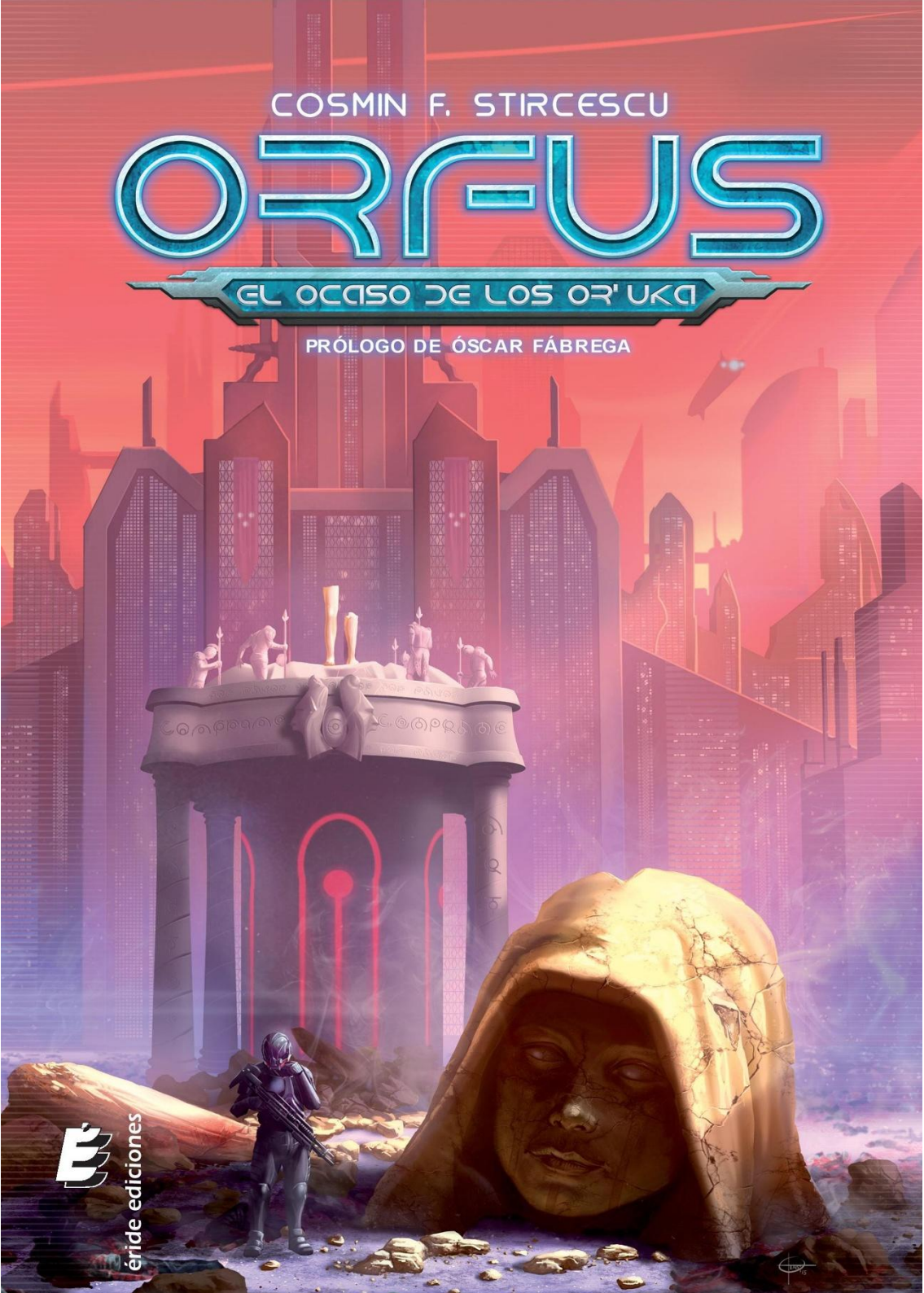
ORFUS

EL OCISO DE LOS OR'UKI

PRÓLOGO DE ÓSCAR FÁBREGA



éride ediciones



Cubierta y diseño editorial: Éride, Diseño Gráfico

Dirección editorial: Sylvia Martínez

Imagen cubierta: Elías Santos

Primera edición: mayo, 2015

ORFUS. EL OCASO DE LOS OR'UKA

© Cosmin F. Stircescu

© éride ediciones, 2015

Collado Bajo, 13

28053 Madrid

Éride Ediciones

ISBN libro impreso: 978-84-16321-67-4

ISBN libro digital: 978-84-16596-37-9

Diseño y preimpresión: Éride, Diseño Gráfico

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Este libro protege el entorno

ORFUS

EL OCASO DE LOS OR'UKA



Cosmin Flavius Stircescu, nacido en Hunedoara, Rumanía, en 1990. A la edad de 14 años emigró a España junto con su madre, concretamente a Roquetas de Mar (Almería), donde reside actualmente. Es un gran apasionado de la lectura, sobre todo los géneros de la fantasía épica, ciencia ficción y las novelas de misterio; de los videojuegos de Rol, estrategia y aventura; y los deportes, destacando el fútbol y el tenis.

Empezó a escribir a los 16 años cuando, a partir de un relato corto, surgió la idea de su primera saga, *Leyendas de Erodhar*, cuyo primer tomo, *La Vara de Argoroth* (2014), ha sido publicado por la editorial Éride Ediciones. Su segunda novela, **“Orfus – El ocaso de los Or’Uka”** (2015), también publicada por Éride, es una novela corta de ciencia ficción que representa el estreno del autor en otro de los géneros que ama tanto como la fantasía.

Actualmente trabaja en la segunda parte de *Leyendas de Erodhar*. También escribe en el blog **La Forja de Leyendas**, ha quedado finalista en el certamen de relatos eróticos organizado por Disliesind y el escritor Javier Almenar con el relato **“La Cabaña”** que ha sido publicado en la antología **“Top Eróticos”**. Y es, además, miembro de la asociación de escritores **“El Rincón del Escritor Almeriense (EREA)”**, junto a quienes ha publicado una

antología de relatos eróticos denominada **“12 Caricias”**, siendo el título de su relato **“Obsequio”**, y ha realizado talleres y otras actividades en institutos y colegios con el objetivo de promover la literatura e incitar a los jóvenes a leer y a ser creativos.

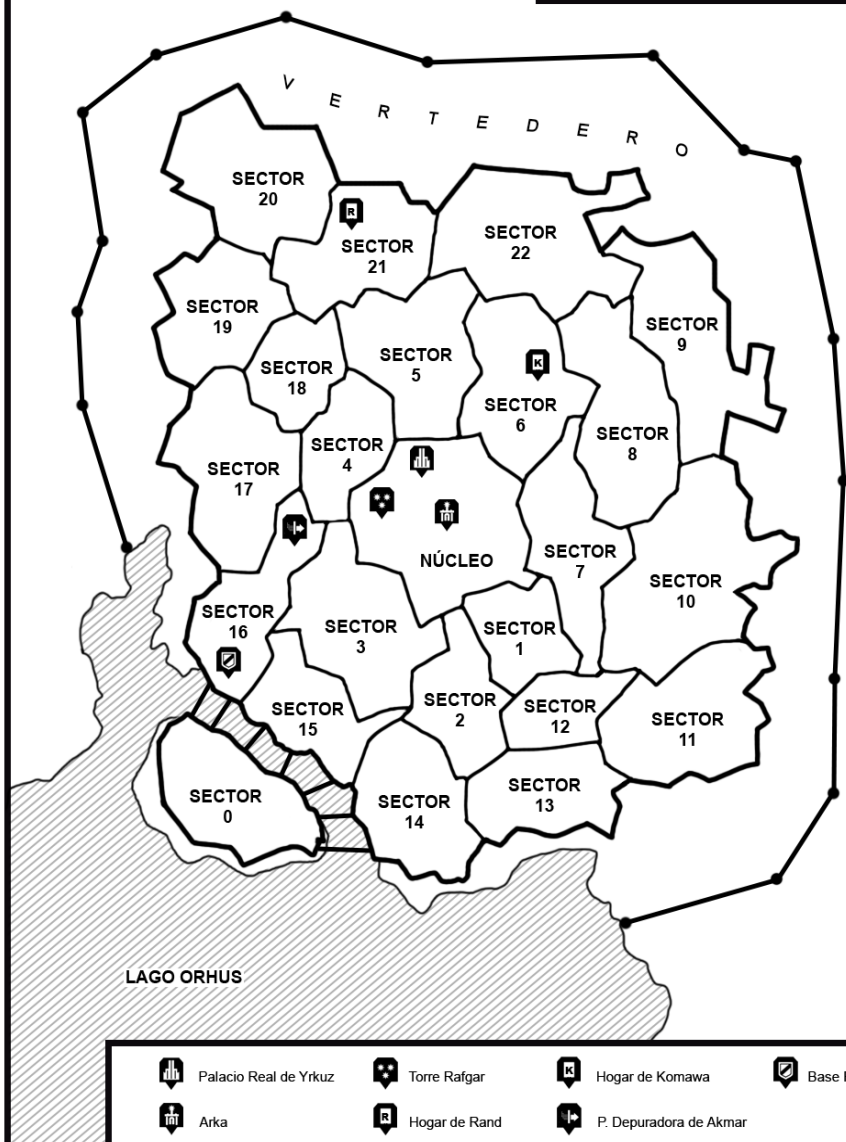
Cosmin F. Stircescu

ORFUS

EL OCASO DE LOS OR'UKA



LA ÚLTIMA CIUDAD



AGRADECIMIENTOS

Escribir la dedicatoria de tu primer libro siempre es algo difícil. Intentas agradecer a todas las personas que han estado a tu lado, que se han preocupado por ti y te han ayudado, y temes olvidarte de alguien. Por esa razón, en este libro, el segundo que he escrito y publicado, no voy a mencionar ningún nombre. Lo quiero dedicar a todo aquel que, de algún modo u otro, ha tenido, tiene y tendrá un papel más o menos importante en mi vida.

De igual modo, como en mi anterior novela y en todas las que publicaré a lo largo de mi carrera literaria, quiero dedicarte este libro a ti, querido lector, por adentrarte en otro de mis mundos.

A modo de prólogo

En abril de 1926, un luxemburgués llamado Hugo Gernsback, propietario de la editorial estadounidense *Experimenter Publishing*, lanzó al mercado la primera revista especializada en ciencia ficción. *Amazing Stories*, se llamó. Y fue precisamente en el primer número de aquella legendaria publicación dónde se acuñó el nombre de este género. O no; porque realmente el nombre que empleó fue «*scientifiction*» (algo así como «cientificción»). Pero resulta que tres años después, arruinado como consecuencia de la crisis del 29, se vio obligado a vender el *magazine*, perdiendo, por lo tanto, los derechos de aquel nuevo término. Así que, raudo y veloz, y más listo que el hambre, decidió emplear en posteriores publicaciones otra denominación muy parecida: «*Science-fiction*», que literalmente se ha venido traduciendo como «ciencia ficción», pero que, siendo estrictos y justos, sería mejor traducir como «ficción científica».

Ahora bien, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de ciencia-ficción? Parece fácil, pero no existe un consenso sobre los límites del género y su correcta definición. Sin entrar en cuestiones etimológicas ni en tecnicismos académicos, me quedo con lo que dijo

una vez el gran Robert A. Heinlein, uno de los grandes del género, autor, entre otras obras, de *Forastero en tierra extraña* (1962) y *Tropas del Espacio* (1960):

«Una breve definición, útil para casi toda la ciencia ficción, podría ser: la especulación realista sobre posibles eventos futuros, en base a un conocimiento adecuado del mundo real, pasado y presente, y a una comprensión completa de la naturaleza y significado del método científico».

Quizás sea demasiado técnica, ¿no? A ver qué les parece esta otra que propuso el creador de la mítica serie televisiva *The Twilight Zone*, el gran Rod Serling (1924-1975):

«La fantasía es imposible hecho probable. La ciencia ficción es lo improbable hecho posible».

En definitiva, es un término ambiguo, difícil de delimitar y aún más difícil de definir. Por eso, quizás, la mejor definición sería la misma que propuso Mark C. Glassy sobre el término «pornografía»:

«No sabemos lo que es; pero lo sabemos cuando lo vemos».

Obviamente, el género tenía mucho más tiempo, pero hasta que el bueno de Gernsback decidió bautizarlo, recibió otros nombres, como

«novelas científicas», «relatos de mundos perdidos» o, simplemente, «historias fantásticas».

Tradicionalmente se ha dicho que la primera obra de ciencia ficción fue la inmortal obra de Mary Shelley *Frankenstein* (1818), a la que siguieron algunas obras de Edgar Allan Poe (*Revelación mesmérica*, 1845), Julio Verne o H. G. Wells. Más tarde, desde los años treinta del siglo XX, llegaría la llamada Edad de Oro de la ciencia ficción, con autores de la talla y el talento de Isaac Asimov, Arthur C. Clarke, Aldous Huxley, George Orwell o el anteriormente citado Robert A. Heinlein.

Pero, realmente, la cosa viene de muy atrás. ¿Acaso no puede ser considerada como ciencia ficción la leyenda medieval judía del Golem? ¿O el breve relato que escribió allá por el siglo II Luciano de Samosata sobre un barco que, arrastrado por una enorme tromba de agua, termina en la Luna? Y eso sin hablar de la *Utopía* de Tomás Moro (1516), o el *Somnium sive Astronomia lunaris* de Johannes Kepler (1623).

Incluso el gran Voltaire escribió un relato llamado *Micromegas* (1752), en el que se describe la visita a la Tierra de un habitante de Sirio (el tal Micromegas) y de un colega procedente de Saturno.

Así, de una manera o de otra, parece que desde la más remota antigüedad ha existido algo parecido a la ciencia ficción; aunque, obviamente, el género se desarrolló con fuerza en el siglo XIX, para terminar explotando en el XX, convirtiéndose en uno de los grandes pilares de la cultura popular.

En fin, después de esta pequeña introducción (perdonen la pedantería), vayamos al grano: resulta que mi amigo Cosmin F. Stircescu, que es tan buen escritor como osado en sus peticiones, me invitó a que escribiese un prólogo para su nueva novela, la segunda tras su maravillosa *La vara de Argoroth* (primera entrega de su saga *Leyendas de Erodhar*), una historia de ciencia ficción titulada *Orfus: el ocaso de los Or'Uka*, esta que tienen ustedes entre sus manos.

Obviamente acepté, y no solo por la amistad que me une al bueno de Cosmin y porque considero que aquello de «quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija» es una verdad como un templo -algún día estaré orgulloso de decir que este autor es mi colega y que le hice un prólogo cuando aún no era famoso-, sino porque era para mí todo un reto.

A un servidor, más bien dado a perpetrar ensayos y a narrar verdades *more stranger than fiction*, que dirían los yanquis, le encantaría ya no solo escribir ciencia ficción, sino ficción en general: novela. Pero hasta ahora no me he atrevido, ya sea por miedo, por

desidia o por simple ausencia de imaginación. Eso no quita que no sea un devorador de ficciones literarias, especialmente de este género. Así que acepté; en parte para contribuir con mis letras ordenadas a introducir y presentar esta genial novela, pero también para saciar mis frustradas aspiraciones de escribir ficción.

Siempre podré decir que escribí el prólogo de una novela.

Y podré enorgullecerme aún más porque se trata de una obra fantástica, en todos los sentidos del término. Una obra ágil, amena, dinámica y viva que, además, guarda relación con algunos temas de lo más interesante. Al menos para mí.

No quiero *spoilear*, pero, a modo de breve introducción, me gustaría comentar dos aspectos que especialmente me han conmovido de esta obra: por un lado, en Orfus, el planeta al borde de la extinción en el que se desarrollan los acontecimientos de este libro, una mutación está haciendo que los niños Or'Uka nazcan «distintos». Esto, que en principio no debería ser nada malo, sirve para que el malo malísimo de la trama, el rey Yrkuz, dé inicio a un terrible genocidio que, inevitablemente, nos recuerda a algunas tragedias reales que hemos vivido los habitantes de este pequeño punto azul en el cosmos. No hace mucho desde que en Alemania se levantó un pintor mediocre, tomó el poder y, por sus delirios de grandeza, decidió qué humanos debían vivir y cuáles tenían que

desaparecer de la faz de la Tierra. Aquello, como bien sabrán, terminó con millones de muertos y con el alma humana tocada y hundida. Eso sí: ni fue la primera vez, ni sería la última. La diferencia, en este mundo enfermo, siempre se ha castigado. En eso somos expertos.

Por otro lado, y quizás *spoileando* un poquito, Cosmin se hace eco de algo que me apasiona e inquieta: ¿es posible que la vida no haya surgido espontáneamente en la Tierra, tal y como casi por consenso se cree? Esto, que puede parecer ciencia ficción, está a la orden del día. Y no hablo de blogs sobre reptilianos, grises e incubaciones *in vitro* de extraterrestres. Hablo de hipótesis científicas serias, de la llamada panspermia, una teoría que propone que los primeros seres vivos pudieron llegar en meteoritos o cometas *from outer space*. Es más, dentro de esta propuesta existe otra más arriesgada que postula algo, quizás, muy atrevido: ¿y si esa panspermia no es natural y aleatoria, sino que es artificial? ¿Y si una civilización extraterrestre sembró en la Tierra las semillas de la vida? Sí, es algo osado. Pero esto no lo defienden solo los amantes de eso que llaman exopolítica y los que creen, como Mulder, que «la verdad está ahí afuera». Esto, queridos lectores, lo han propuesto científicos de la talla del astrónomo hijo de la Gran Bretaña Fred Hoyle o el

mismísimo Premio Nobel Francis Crick, uno de los descubridores de la estructura del ADN. Como muestra, un botón:

«Toda la estructura de la biología ortodoxa aún sostiene que la vida se produjo gracias al azar. No obstante, a medida que los bioquímicos profundizan en sus descubrimientos acerca de la tremenda complejidad de la vida, resulta evidente que las posibilidades de un origen accidental son tan pequeñas que deben descartarse por completo. La vida no puede haberse producido por casualidad».

Fred Hoyle

No les entretengo más, que ya está bien. Les dejo con la novela de Cosmin, con el planeta enfermo Orfus, con los Or'Uka y sus niños mutantes, abandonados por la diosa Omn y entregados al odio genocida del malvado Yrkuz.

Disfruten como he disfrutado yo. Este es el comienzo de una hermosa saga galáctica.

Perpetrado por Óscar Fábrega

1. Aberración

La plaza central y las largas avenidas cercanas de la última gran urbe formaban una encrucijada sagrada; un lugar donde lo espiritual y tecnológico, lo heroico y ontológico, lo antiguo y lo nuevo hermanaban cual vestigio de un pasado glorioso. Una Era sin igual que había tocado a su fin cuando Orfus enfermó. Cuando el cielo del planeta sangró por primera vez, desencadenando sobre la superficie terrestre la furia de los elementos -una serie de catástrofes naturales que alteraron la atmósfera de Orfus, convirtiendo el aire en veneno puro- y obligaron a sus habitantes a refugiarse en el último reducto existente: la ciudad de los gigantescos rascacielos de metal, la última joya arquitectónica de una de las civilizaciones más grandes que ha existido en el universo, o como la llamaban la gran mayoría de sus habitantes, La Última Ciudad.

Los Or'Uka, orgullosos e inteligentes seres antropomórficos dotados de gran altura, belleza y una fuerza sin igual, esperaban impacientes la aparición de su líder, entre cuchicheos y murmullos colmados de pensamientos adversos. Una gran variedad de

inquietudes mortificaban sus almas, y por eso habían acudido en un número tan grande.

Komawa era uno más entre los cientos de millares -tan solo una parte insignificante de la población total de aquella gran ciudad- que en ese momento abarrotaban la plaza central. No obstante, todos aquellos seres parecían pequeñas hormiguitas junto a las magníficas efigies de los héroes del pasado que adoquinaban la plaza, o los rascacielos de sombrío metal gris que se alzaban de manera vertiginosa hacia el cielo granate de Orfus.

«Es la maldición —se dijo Komawa. Estaba envuelto en su túnica gris oscura con capucha, un escudo contra el viento frío que presionaba sobre las calles del Núcleo—. Todos estamos aquí por la maldición que asola nuestra raza».

Incluso aquellos llegados de las estrellas, como los humanos, procedentes de un lejano mundo al que llamaban Tierra, o los nata'wu, colonizadores procedentes de lunas solitarias que orbitaban planetas muertos, habían acudido a la llamada del líder de los Or'Uka en aquel sombrío y gélido día del otoño orfusiano. No eran muchos, pues no quedaban apenas visitantes del espacio en el planeta desde que los mares se envenenaron y los cielos se volvieron carmesíes - además, la mayoría de ellos habitaban en su propio sector de la ciudad, lejos de los problemas de los Or'Uka-, pero los pocos que

seguían viviendo cerca del Núcleo y seguían llamando hogar a La Última Ciudad, habían acudido ante el Gran Arka de Omn, y esperaban como todos para escuchar las palabras del rey Yrkuz.

El Arka estaba situada en el centro de la plaza, y era el monumento más grande e importante construido por la cultura Or'Uka para honrar a su protectora, su diosa de la luz y las estrellas. Se trataba de un enorme pedestal cilíndrico de piedra maciza, apoyado en hermosas columnatas con estriaciones en la superficie en forma de espiral. Las efigies de los héroes del pasado se alzaban a lo largo del borde de la plataforma, ligeramente reclinadas, apoyadas en lanzas largas y vestidas con armaduras enjoyadas y adoquinadas con los símbolos de grandes casas nobiliarias. Estaban posicionadas de tal forma que quedara clara su función: la de ser los guardianes de la estatua que había en el centro del Arka, mucho más grande y espectacular que todas las demás. Aquella mostraba a una hermosa mujer Or'Uka de rostro noble e impertérrito, cuyos rasgos denotaban calidez, bondad, seguridad, sabiduría... La habían tallado vestida con una túnica que dejaba al descubierto su hombro izquierdo, tal y como dictaba antiguamente la tradición de los Or'Uka. El otro brazo lo tenía alzado al cielo, y con la mano sujetaba una enorme estrella de cristal, cuya luz bañaba toda la plaza. Un foco de esperanza en medio de un abismo oscuro y sin fondo.

«El brillo de la diosa —se dijo Komawa con orgullo, notando la calidez de la luz que arrojaba la estrella sobre todos ellos—. Nuestra última esperanza ante este destino cruel». Según decía la tradición de los Or'Uka, el espíritu de la diosa Omn vivía en las estrellas, y todo individuo, ya fuera hembra o varón, debía nacer ante un astro brillante de dieciséis puntas para recibir su bendición y su protección eterna; pero solo unos pocos elegidos podían nacer ante la luz de la estrella del Gran Arka. Solo unos cuantos gozaban de tal honor, y todos eran varones de nobles alcurnias, descendientes de los héroes cuyas estatuas custodiaban el Arka, y cuyas vidas quedaban ligadas a la diosa mediante un vínculo eterno de servidumbre. El propio líder del pueblo Or'Uka, el rey supremo, era elegido entre los más sabios y valientes de los guerreros nacidos ante la luz de la estatua del Gran Arka de Omn.

«La más brillante de todas», la admiró Komawa desde la lejanía. Le encantaba mirar el Arka y las estatuas. Le hacían imaginar una época mejor, más civilizada, más noble, cuando la tecnología aún no se había apoderado de todo ni controlaba cada ápice de la vida planetaria. Cuando los Or'Uka recorrían con libertad los campos y los mares de Orfus. Cuando la naturaleza era su hogar, los bosques su refugio y el cielo su techo... Una época así, él lo sabía, su especie jamás volvería a vivir; pero guardaba la esperanza de que aún

estaban a tiempo para cambiar aquello que podía cambiarse, y así remediar algunos de los errores cometidos. Guardaba la esperanza de que aún estuvieran a tiempo para intentar sanar aquello que habían dañado.

El segundo sol orsiano se estaba poniendo despacio, mientras la impaciencia crecía por momentos entre la multitud. Komawa alzó la mirada al cielo para que la brisa nocturna acariciase su rostro. Sus rasgos, al igual que su personalidad, denotaban seriedad y algo de tristeza; sobre todo alrededor de los ojos. Su esposa, Aranna, decía que aquello se debía a que había visto demasiadas cosas tristes cuando era un niño. Komawa dudaba de que aquella fuera la razón. Si bien es cierto que su infancia había estado marcada por la desgracia, era igual de cierto el hecho de que su hermano, Akmar, que era cuatro años mayor que él, había pasado por lo mismo, y aun así tenía unos rasgos y una personalidad muy distintos. «Akmar es un ser alegre al que le gusta bromear y hacer reír a los demás».

Mientras dejaba que la brisa le despejase, y para amenizar un poco la espera, se dedicó a contemplar el cielo. Pronto el color granate nebuloso daría paso al rojo púrpura, seguido después por el negro cobalto. Las estrellas brillarían en la bóveda celeste, pero lo harían con palidez. Incluso aquello había cambiado en los últimos meses, como si se hubieran alejado de repente. Como si cada día que

pasaba abandonaran Orfus un poco más a la oscuridad. A veces, Komawa se preguntaba si aquello era realmente lo que pasaba: si eran los astros los que abandonaban su mundo a su suerte, o eran ellos los que los alejaban cada día más con su estilo de vida, con su manera de maltratar el medio ambiente y destruirlo con ayuda de la tecnología. A veces, en días como aquel, recordaba las noches de su infancia como un sueño distante, cuando aún podía ver las estrellas brillar con intensidad. La atmósfera del planeta no había empezado a desestabilizarse aún, así que las lunas de Orfus ocupaban medio cielo, y eran tan brillantes, tan hermosas, que uno podía tumbarse en el campo y contemplarlas durante horas sin hartarse de ellas.

La tan ansiada llegada de Yrkuz en lo alto del Arka de Omn le sacó de sus pensamientos nostálgicos, y convirtió el bullicio sin sentido de los Or'Uka en aclamaciones y aplausos. Komawa dirigió la mirada al lugar donde se encontraba el gran líder, el elegido para ser el salvador de su especie. Iba acompañado por los *rafgar*, el ejército protector de Orfus, y su caudillo militar, el Gran Adalid.

Todos, salvo Yrkuz, iban vestidos con sus armaduras de combate, lo cual a Komawa le resultó algo raro, pero se olvidó de ello y no le dio mayor importancia cuando el Gran Adalid habló por el amplificador de voz:

—¡Callad! —su voz resultaba áspera y desagradable—. ¡Guardad silencio! ¡Dejad a vuestro líder que hable! ¡Escuchad al salvador!

Yrkuz, «La Furia Roja», como le llamaban algunos de sus siervos debido a su temperamento y al color granate de su piel, alzó los brazos al cielo y sonrió. Ataviado con ropajes nobles, su físico nervudo resultaba imponente; su aspecto parecía casi divino bajo la luz de la estrella de Omn.

—¡OR'UKA! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Vuestro rey os pide que escuchéis! —la voz, amplificada con ayuda de la tecnología, resonó hasta los rincones más remotos de la plaza y, Komawa estaba seguro, en buena parte de aquel sector de la ciudad al que llamaban Núcleo, y en el cual se alzaban algunos de los edificios más importantes; como la sede militar de los *rafgar* o el Palacio Real, hogar de Yrkuz y de los senadores—. Oscuros son los días que atraviesa nuestra civilización, nuestra especie. La maldición ha corrompido nuestra carne. Nuestras mujeres dan a luz aberraciones. Seres desfigurados... Inmundos... Débiles y feos... ¡Inútiles! —el rey bajó los brazos y guardó unos instantes de silencio para contemplar a sus súbditos—. Largo tiempo he pasado, sentado en mis salones, reflexionando sobre esta situación. Y solo hay una respuesta... una

razón... una explicación a todo lo acontecido en los últimos años...
¡Omn nos ha abandonado!

La multitud empezó a farfullar horrorizada al escuchar las palabras de su líder. Komawa vio a algunos romper a llorar, mientras la angustia y el temor se extendían como la gripe. Para la mayoría de los Or'Uka, al igual que para él, la fe en su diosa era la única protección que les quedaba. El único escudo ante tan aciago destino, repleto de desesperación y muerte; el único ápice de esperanza que les quedaba para que todo volviera a ser como antes.

Yrkuz tomó aire en el pecho y volvió a hablar, al principio despacio, con tristeza en la voz:

—Sé lo que sentís. Mi corazón siente lo mismo. Esa... rabia. Esa... impotencia. Ese miedo... Pero, ¡pensadlo bien! ¡Reflexionad! ¡¿Quién si no, aparte de la diosa a quien hemos encomendado nuestras vidas y nuestras almas, podría condenarnos a sufrir una maldición así?! ¡¿Dónde estaba Omn cuando nuestro planeta enfermó?! ¡¿Dónde estaba la luz de sus estrellas cuando los cielos se tornaron rojos y el agua y el aire se envenenaron, acabando con nosotros uno a uno?! Yo os diré dónde estaba... ¡En ninguna parte, pues nos ha abandonado! ¡Nos ha renegado, y ha condenado a nuestros hijos a sufrir la maldición de la carne débil!

Una vez más, la multitud gritó horrorizada. Algunos no querían o no podían creer lo que Yrkuz estaba diciendo. Parecía que deseaban que todo fuera una broma de mal gusto, una mera pesadilla de la que había que despertar.

—¡No! ¡Eso no puede ser! —gritaron algunos, alzando los brazos al cielo.

—¡Somos sus hijos! ¡Es nuestra protectora! —gritaron otros—. ¡¿Cómo podría habernos abandonado?! ¡Ella nos ha dado su bendición al nacer!

Yrkuz los ignoró a todos. El líder tensó los músculos de su cuerpo y prosiguió:

—Incluso ahora, en nuestra hora más oscura, se burla de nosotros. ¡¿Es que no lo veis?! ¡¿Es que no os dais cuenta?! No nos ha enviado más que destrucción, hambre y sufrimiento en los últimos años. ¡Destrucción, hambre y sufrimiento! —repitió más alto, por si no había quedado claro—. ¡Y ya estoy harto! ¡Harto de esperar a que su luz vuelva para mostrarnos el camino! ¡Harto de esperar a que envíe una señal, una respuesta a nuestras oraciones! ¡Harto! ¡Harto de todo! ¡Y sé que vosotros también lo estáis!

Una parte de la multitud empezó a asentir y aplaudir. Algunos se dejaron contagiar e hicieron lo mismo. Komawa se mantuvo

inmóvil, cauto. No le gustaba lo más mínimo el rumbo que estaba tomando aquel discurso.

Yrkuz volvió a alzar las manos para pedir silencio.

—¡OR'UKA! —rugió. La luz brillante de la estrella iluminaba su rostro terso y su cabeza falta de pelo, marcada con las runas sagradas en las sienes; las runas del guerrero—. Puede que nuestro planeta yazca enfermo y no haya nada que podamos hacer para sanar su atmósfera, salvo escudarnos aquí, en esta ciudad. Pero no vamos a permitir que la maldición también acabe con nosotros. No vamos a permitir que este mal se extienda como la mala hierba. No vamos a permitir que nos siga arrebatando a nuestros hijos. ¡Nuestra especie ha de permanecer pura!

Gritos aislados de «¡Yrkuz! ¡Yrkuz! ¡Yrkuz!», se escucharon de repente entre la multitud. Komawa buscó su procedencia. Venían de un lugar lejano, al otro lado de la plaza. Al parecer había todo un sector de partidarios de Yrkuz en ese sitio.

—Sé lo que muchos de vosotros pensáis. Lo sé —continuó el líder—. Los visteis nacer... Los cogisteis en brazos... Los alimentasteis... Pensáis que son de vuestra carne y vuestra sangre, pero... ¡no es así! ¡No son Or'Uka! ¡Son aberraciones, mutantes que mancillan nuestros genes! ¡Seres inmundos que han de desaparecer!

Hubo más murmullos entre la gente, seguidos por más gritos de «¡Yrkuz! ¡Yrkuz! ¡Yrkuz!», esta vez en boca de más Or'Uka. Komawa juntó los brazos contra el pecho y frunció el ceño. El ambiente se estaba calentando por momentos, y no podía dejar de pensar en que los *rafgar* estaban vestidos como si fueran a entrar en combate. «Si todo sigue así —se dijo—, podría haber serios problemas».

Satisfecho por las aclamaciones, Yrkuz sonrió y siguió con su discurso:

—No os preocupéis, mis amados súbditos. Vuestro líder tiene una solución para este grave problema. Es por eso que, en este día triste, para protegernos del mal que acecha en las calles, olvidaremos las antiguas creencias y tradiciones. Vamos a repudiar a Omn, dejaremos de rendirle pleitesía, y todos y cada uno de los Or'Uka me juraréis lealtad a mí. ¡A vuestro rey!

—¡Yrkuz nos protegerá! —gritó alguien de la multitud, no muy lejos de donde estaba Komawa.

—¡Yrkuz el Grandioso! —gritó otro, también cerca de él.

—¡El salvador! —añadió otro a su derecha.

Hubo unos cuantos murmullos aprobatorios. Los partidarios de Yrkuz se estaban dispersando entre la multitud, a lo largo de toda

la plaza. «Pretenden manipular a las masas», comprendió. «Convencerlos para repudiar a Omn».

—Así es, así es —asintió, repetidas veces, el rey—. Protegeré nuestra noble especie y aseguraré la supervivencia de nuestro planeta.

Hubo algunos aplausos, pero breves, porque Yrkuz volvió a alzar las manos al cielo.

—¡He aquí mi primer decreto! ¡Para conservar los restos de nuestra civilización, los infantes nacidos de padre y madre Or'Uka que presenten los rasgos de la maldición, deberán ser destruidos en el momento de su nacimiento! —Las caras de muchos de los que habían aclamado a Yrkuz se tornaron sombrías de repente y sus voces enmudecieron—. ¡Aquellos que ya han nacido, siendo indiferente su edad, deberán ser traídos por sus padres ante mis valientes *rafgar*, para ser destruidos de inmediato! —los que no estaban demasiado horrorizados para entonar palabra, alzaron gritos desesperados de protesta—. ¡Nuestra sangre ha de permanecer pura! —añadió Yrkuz para acallarlos—. ¡Quienes sean descubiertos violando el decreto...! ¡Quienes sean descubiertos protegiendo a los mutantes, o conociendo el paradero de alguno no informara de ello... aquellos serán considerados traidores y siervos de la maldición! ¡Todos serán ejecutados sin piedad!

Un gran número de voces bramó al unísono. Los gritos de protesta se multiplicaron. La multitud estaba enfebrecida, así que empezó a haber empujones.

—¡No es justo! —escuchó Komawa gritar a algunos, mientras recibía un codazo en la espalda—. ¡Sin descendientes nos extinguiremos! ¡Nuestra raza desaparecerá!

—¡Son nuestros hijos! —gritaron otros, en su mayoría mujeres.

—¡Son aberraciones y han de morir! —bramaron los partidarios de Yrkuz—. ¡Muerte a los mutantes!

—¡Muerte a los mutantes! —se sumaron otros a los gritos. Muchos, cada vez más—. ¡Muerte a los mutantes! ¡Muerte a los mutantes! ¡Muerte a los mutantes!

Komawa sintió su corazón encogerse cuando una fuerte explosión resonó en sus oídos, y vio la estatua de Omn derrumbarse en lo alto del Arka. Por un instante todos enmudecieron. Hubo un silencio sepulcral mientras la efigie se venía abajo, hasta que algunas rocas, expulsadas por la onda explosiva, cayeron sobre la multitud, golpeando e hiriendo de gravedad a algunos. Entonces los gritos regresaron. Los empujones se convirtieron en peleas contra los partidarios de Yrkuz que estaban en medio de la muchedumbre que abarrotaba la plaza.

Komawa intentó alejarse de los altercados. El problema era que había otros que intentaban hacer lo mismo, así que el avance era lento. La capucha se le cayó de la cabeza cuando alguien chocó contra él. En ese momento, al torcer la mirada hacia el centro de la plaza, vio algo que le congeló la sangre: el ejército *rafgar* había bajado del Arka para cargar contra la gente. Armados con porras eléctricas, golpeaban sin piedad a aquellos que tenían a su alcance. Komawa comprendió la razón cuando vio a algunos Or'Uka coger en brazos a sus hijos, pequeños e incapaces de caminar por sí mismos, para intentar protegerlos.

«Nacidos de la maldición —se dijo, estupefacto—. ¿Qué locura ha impulsado a sus padres a traerlos hasta aquí? ¿Acaso creían que Yrkuz iba a tocarles la frente y hacerles ser normales?». Pronto, los Or'Uka dejaron de pelear entre ellos para empezar a correr de un lado al otro en un intento desesperado por escapar de las armas mortíferas de los soldados.

—¡Muerte a los mutantes! ¡Muerte a los mutantes! ¡Muerte a los mutantes!

Los gritos de los partidarios de Yrkuz no cesaron.

Komawa, en medio de un mar de gritos y empujones, recibió codazos en la espalda y topetazos en los hombros. Estuvo a punto de caer al suelo y ser pisoteado un par de veces, pero logró mantener el

equilibrio y echar a correr. Corrió como nunca antes había corrido en su vida, y no se detuvo hasta lograr alejarse del epicentro de la disputa, en dirección a la avenida que llevaba al Sector 5.

«¡Esto es una locura!», se dijo, fatigado, mientras apoyaba las manos en las rodillas para recobrar el aliento. Entonces, desde la lejanía y con algo más de calma, lo vio. Los *rafgar* se habían abierto paso entre la multitud a porrazo limpio, dejando un rastro de cadáveres a su paso. A los nacidos de la maldición entregados voluntariamente por sus padres, les otorgaban una muerte rápida y a estos les dejaban marchar; pero aquellos que se negaban a renunciar a sus hijos caían víctimas de manera terrible, brutal.

Algunos Or'Uka, de los más osados, intentaron defenderse. Puños, piedras, uñas, palos, dientes... Algunos hasta lograron desarmar a aquellos soldados despistados, quitándoles las porras eléctricas para utilizarlas contra sus antiguos dueños; pero nada de eso sirvió. Los *rafgar* eran demasiados, y contaban con el apoyo de aquellos civiles que apoyaban a Yrkuz, y que hacían todo lo posible para bloquear la huida de los Or'Uka con hijos mutantes.

«Esto es una masacre, una verdadera masacre», se dijo Komawa, horrorizado y con lágrimas en los ojos al ver caer a tantos de su especie. No muy lejos de él había una mujer Or'Uka que estaba tendida en el suelo. Tenía a su hijo pequeño entre sus brazos, e

intentaba protegerlo mientras algunos la pisoteaban sin piedad. Komawa corrió hacia ella para socorrerla. Puso su hombro hacia adelante y empleó todas sus fuerzas para repeler a los que corrían en dirección contraria y chocaban contra él. Aun así, llegó demasiado tarde. Un *rafgar* apareció de repente soltando porrazos a diestro y siniestro. Su armadura metálica y su yelmo arrancaban destellos de luz. Cuando vio a la mujer tendida en el suelo, inmóvil, con un bebé que lloriqueaba debajo, le propinó una patada para apartarla de él, quitó la manta y miró al niño. Komawa vio su piel amarillenta, su rostro huesudo y sus extremidades cortas y débiles; algo amorfas. El soldado levantó la porra y la hundió en el cráneo del bebé. Su llanto se apagó al instante.

* * *

Mientras tanto, en lo alto del Arka, Yrkuz contemplaba su obra cruzado de brazos, triunfante. Junto a él estaban el líder y embajador de los nata'wu, Seesleeth, varios cabezas de las familias nobiliarias más importantes de Orfus, y el Gran Adalid.

—Teníais razón, Majestad —dijo este último, llamado Yumkan—. En este sitio son como hormigas bajo nuestras botas. Solo debemos aplastarlas a todas.

El rey ensanchó los labios en una sonrisa, al igual que el ser de rasgos reptilianos que se hacía llamar Seesleeth, y cuya lengua bífida y venenosa no paraba de mostrarse a los demás.

—No quedarán nacidosss de la maldición trass esste día, mi sseñor —afirmó el nata'wu—. Habéisss hecho bien, gran rey. Un final rápido y repentino ess mejor que uno lento.

—¿Final? —inquirió Yrkuz, sorprendido, mirando al reptiliano de reajo y con la frente arrugada—. Esto no es el final, mi amigo llegado de las estrellas. —Su mirada regresó al patíbulo en el que habían convertido los *rafgar* la plaza central—. Esto es solo el comienzo.